

de Luis Bonaparte que cuestionaría la concepción clasista del Estado; la no autodestrucción del capitalismo; el triunfo de la revolución en donde no se predecía, etc.

Estas contradicciones y anomalías, afirma Gouldner, serán encubiertas y reprimidas en lugar de ser evaluadas críticamente e incorporadas a la teoría. A lo sumo se muestra o normaliza (muchas veces disfrazada) la anomalía, pero nunca está presente en el plano teórico. ¿Cómo consigue el marxismo convivir con las anomalías? Gouldner, siguiendo a Piaget, distingue en el marxismo entre la teoría explícita y los supuestos básicos subyacentes. La teoría estaría constituida por las leyes y reglas perfectamente articuladas y de cuyo uso el teórico es perfectamente consciente; los supuestos básicos subyacentes son las reglas inarticuladas, silencios teóricos y subtextos que constituyen un fondo tácito, nunca explícitamente admitido, por disonante con la teoría, que funciona a modo y manera de conciencia auxiliar. Y es que, si bien se mira, legalizar los supuestos básicos subyacentes (las anomalías) equivaldría a quebrar el paradigma originario.

El trabajo de Gouldner es de interés porque se acerca a la teoría marxista sin los lastres y prejuicios tan propios de esa pseudodisciplina que suele conocerse con el nombre de marxología y que no es otra cosa, en la mayoría de los casos, que canonización y/o dogmatismo encubiertos. Por el contrario, Gouldner, aplicando los conceptos de la nueva filosofía marxista que puede considerarse, a la vez, como una autocrítica del propio marxismo que tiene la virtud de exhibir las sombras y los silencios para así poder

reubicar la teoría e, incluso, rescatar sus aspectos productivos.

Quisiera señalar, sin embargo, lo que me parece un error de perspectiva en la crítica llevada a cabo por Gouldner. Es el siguiente: el someter a crítica la teoría marxista desde una perspectiva epistemológica lleva implícito la consideración del marxismo como ciencia, consideración que me parece de todo punto incorrecta porque el marxismo no puede ser entendido, en ningún caso, como ciencia, sino como un pensamiento acerca de la realidad capaz de proporcionarnos unos elementos susceptibles de fundamentar una práctica emancipatoria consciente (que no es poco). Entendido el marxismo desde esta perspectiva pierde bastante sentido la contradicción detectada entre marxismo científico y marxismo crítico ya que, a la postre, «ciencia» y crítica son en el pensamiento marxista las dos caras complementarias de una misma práctica. A criticar también el que el autor caiga en el error de confundir marxismo con socialismo real; en este sentido no es lícito identificar el marxismo con la URSS y atribuir al primero el calificativo de «marxismo de pesadilla» (la pesadilla sería la URSS) para, a renglón seguido, reivindicar ahistóricamente el papel progresista permanente del capitalismo y considerar al socialismo como un «experimento peligroso» que no sería sino una variante estancada y degenerada (la burocracia como clase dominante) del capitalismo. Lo dicho: la pesadilla es la URSS, no la teoría marxista. De todos modos lo sustantivo del trabajo de Gouldner (la consideración crítica de la teoría marxista) ofrece un balance positivo que no puede pasar desapercibido.

CRIMINALES O CARCELEROS

Mario Merlino

Jack Henry Abbott.
En el vientre de la bestia.
Carta desde la prisión.
Introducción de Normas Mailer
Ed. Martínez Roca.
Barcelona, 1982.

Cuando Lambroso estipulaba las especies criminales por la conformación del cráneo, todo era más fácil. Cuando se daba por sentado que los negros eran seres inferiores y, por tanto, sólo podían servir como acémilas, todo era también más fácil. Qué siglo más difícil éste: ahora resulta que los actos contra natura son naturales; las mujeres, que no tenían alma y a duras penas surgían de una costillita, se han animado de repente; los negros hablan, cantan, *han producido* y siguen produciendo cultura y, si se comen a alguien, no se diferencian en mucho de la horda de caníbales blancos que —peor aún— aniquilan a sus enemigos muchas veces sin dejar rastro y —qué desperdicio— ni siquiera se nutren de ellos. Porque las guerras (sean santas, cruzadas o derechas) ya ni dejan lugar al acto de la comunicación, como aquellos indios que se comían al vencido para transustanciarse con su valor y su virilidad.

Los testimonios de Jack Henry Abbott son cartas escritas a Norman Mailer e incluyen diversas reflexiones que van desde el análisis de la

institucionalización del castigo, el personal de la cárcel, los internos, las drogas, el racismo, la pena de muerte y el caso Gary Gilmore —que era el que estaba estudiando Mailer en *La canción del verdugo* cuando recibió la primera carta de Abbott—, la opción por el marxismo frente a esa alianza entre violencia y justicia, que Abbott considera esencia del sistema norteamericano. Para quien haya leído *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault (Madrid, Siglo XXI, 1982), *En el vientre de la bestia* resultará un documento interesante para completar —porque ilustra muchos de sus aspectos— las conclusiones de aquél sobre el nacimiento y el significado de la prisión.

Uno de los conceptos fundamentales que surge del libro de Abbott y que pone el dedo en la llaga del asunto de la criminalidad, es la convicción de que la prisión no corrige ni repara; está pensada para que el hombre vuelva a ella indefinidamente. La prisión se inscribe en el circuito de las instituciones dirigidas a cultivar la docilidad, el sentido del deber y la obediencia, ese circuito que entiende el rigor disciplinario como coacción y encarcelamiento. Más aún: el criminal, el delincuente común —y este adjetivo tiene más peso del que se cree—, es la figura *anónima* que representa el lado mismo de la criminalidad que el sistema social genera (hasta estimula) para combatir y, a través del encierro, ejemplarizar con ella. Frente al anonimato del preso común la criminalidad y el castigo serían los dos lados complementarios de una *lengua común* de la que nadie se salva, se yerguen las figuras individualizadas de los rectores de la vida social, que purgan sus propios crímenes a través de los de los otros. Interesante, en tal sentido, es el concepto de delincuencia útil frente a de-

lincuencia inútil, que maneja Foucault: se conoce muy bien esa paradoja de perseguir a drogadictos, mafiosos, especuladores (y así sucesivamente, en una larga cadena), por parte de gobiernos que estimulan de manera solapada esos y otros ilegalismos de igual o mayor calibre. «Que los norteamericanos se sientan conmocionados y disgustados ante los asesinatos absurdos y crímenes de extrema violencia contra los inocentes» —dice Abbott—, «es algo idéntico a una prostituta vieja y gastada que expresa indignación moral ante la idea de relaciones sexuales prematrimoniales. Dígale eso a Estados Unidos» (pág. 122).

Hay que huir de cualquier simplificación: es verdad que en el crimen individual se juegan psicopatologías específicas; es verdad también que abrir las cárceles o, al menos, eliminar el sadismo (que siempre tiene algo de su contrario) de los carceleros, suena a reclamo de utopista. Pero nunca se insistirá lo suficiente en la aberración de los crímenes cometidos en nombre de la paz, Dios, el Corán o cualquier otro «capital» doctrinario. Cualquiera de ellos es más monstruoso que el navajazo en plena oscuridad. Lo que no quiere decir que sea deseable. Lo que no implica reivindicar el «asesinato considerado como una de las bellas artes» de Thomas De Quincey cuya indudable lucidez —allá por los años 30 del siglo XIX—, le hacía citar a un cristiano (de los de antes), Lactancio, quien afirmaba que «en las matanzas del Circo, la mano que asesta el golpe fatal no está más teñida de sangre que la del que pasivamente mira. No puede estar puro de toda sangre el que anima a verter y el espectador no es más que un cómplice si aplaude al asesino o reclama en su favor premios». Y esa

lucidez es también la de aquel poema de Julio Cortázar, incluido en su *La vuelta al día en ochenta mundos*, que se llama «Aumenta la criminalidad infantil en los Estados Unidos», donde se denuncia la violencia como necesidad de perduración del sistema, a través de una imagen como la que expresa que las navajas se reparten a la salida de los colegios.

Abbott, en *el vientre de la bestia*, con muy poco tiempo de vida en libertad, se dedica a leer e instruirse y sus lecturas van desde San Juan de la Cruz (¿qué vínculos no podría hacerse entre la cárcel real y la celda mística?), hasta Stendhal y una voraz asimilación de los autores marxistas, lo que —salvando los matices de una digestión más o menos presurosa— le otorga argumentos para fundamentar su oposición al régimen de vida norteamericano, basado (ese mundo libre también) en la violencia, el apaciguamiento y la resignación bovina. No falta entre los autores leídos por Abbott, Nietzsche, Sartre (a quien considera un idealista, filosóficamente hablando) o C. G. Jung y Richard Wilhelm en *El secreto de la flor dorada*. En ese circuito que hemos señalado, en cuyos extremos se unen la domesticación y la violencia anuladora, el caso símbolo quizá sea el de Gilmore (y se han dado otros casos), que solicita se le aplique la pena capital. Cuando un sistema logra que el propio reo desee la muerte ha logrado su objetivo: el hombre se ha infrahumanizado. Abbott plantea, teóricamente, la posibilidad de la rebelión. En contra de ella, están la falsa «individualización» que impone la cárcel, porque también está creada para exacerbar las diferencias entre los presos y, por lo tanto, elimina cualquier perspectiva solidaria; está también la duda, el

temor de Abbott: ¿cómo hará para vivir en «libertad» cuando salga del «vientre de la bestia»? Efectivamente, después de dos meses en libertad condicional, mató a un camarero de 22 años y está de nuevo en prisión. ¿Habrà hecho algo para rehuirla?

El libro resulta interesante por los elementos que hemos señalado y porque —como diría Lactancio—, somos cómplices en nuestra condición de espectadores; somos cómplices si seguimos repitiendo la eterna cantinela del «si está preso, por algo será» o ese comentario, tantas veces escuchado estos últimos tiempos, siempre que se tiene noticias de algún robo o asesinato: «¡Claro! ¡Cómo no va a ocurrir, si el gobierno ha soltado a los presos!». No se trata de apología, se trata de constatación y de empezar a quitarse los resabios de aquella teoría que veía en el delincuente un pariente del reptil. Hacer la comunión significa también empezar a comprender. Basta leerlo para comulgar con Abbott: como él lo dice, en todo caso, el mal está en los carceleros, no en los encarcelados. Y carceleros somos todos, si seguimos deseando el castigo. A todos nos abulta la navaja en el bolsillo.

UNA LOSA PARA LOS ESCRITOS DE ITALO CALVINO

Salvador Clotas

Italo Calvino.
Punto y Aparte.
Ed. Bruguera.
Barcelona, 1983.

1. Italo Calvino no es un desconocido para nadie que

siga con mediana atención la trayectoria de la actual literatura italiana. Desde su traducción de *Las Cosmicómicas* en los años sesenta, sus barones rampantes y vizcondes demediados han llenado los quioscos españoles con ediciones populares y asequibles. Otra cosa es que su figura ocupe el lugar que debiera en la vida literaria de nuestro país. Incluso después de la publicación de su extraordinario relato *Si una noche de invierno un viajero*, verdadera enciclopedia de lo literario en clave quizá borgiana, no parece que Italo Calvino haya superado su consideración de escritor estimulante y divertido, poco citado a la hora de establecer el ranking, tan al uso de los grandes autores europeos.

La reciente aparición de sus artículos y ensayos en un volumen titulado *Punto y aparte* rellena un hueco, y quizá pueda servir para que la personalidad intelectual de Italo Calvino suba algunos enteros y supere su condición de escritor divertido y acaso intrascendente.

Sin embargo, este volumen recoge trabajos de índole y valor muy desigual. Algunos, respuestas a encuestas o artículos de periódicos, francamente deleznable si no constituyeran testimonio de la evolución de una trayectoria intelectual de un actor excepcional de la escena cultural europea de los últimos treinta años.

2. *Punto y aparte* es de esos libros que jamás fue escrito o concebido como tal libro. Existió antes de que alguien, autor o editor, tuviera la idea de reunirlos en un volumen. Y, sin embargo, libros como éste, inconcebidos, han influido de una manera decisiva en la historia de la literatura y constituyen a veces obras muy notables. Piénsese en

tantas recopilaciones de artículos dispersos, en tantas correspondencias. Quizá las únicas obras realmente abiertas que existen en la historia de la literatura. ¿Cuál es el mérito de obras como ésta frente a obras perfectamente planificadas y ejecutadas? Pienso que no es otro que el del largo período que dura su escritura, su diacronía funcional frente a la sincronía teórica de las otras obras. Si *Si una noche de invierno un viajero* recoge en profundidad un momento de su vida de escritor, un estado de ánimo concreto, *Punto y aparte* es el testimonio de un largo viaje que tiene, eso sí, una estación terminal porque no es otro el sentido del título que la pretensión de cerrar una etapa en su recorrido intelectual.

3. Los que hemos seguido con mayor o menor atención la vida cultural y, especialmente, la literaria, en el último cuarto de siglo, no podemos dejar de sentirnos seducidos por este testimonio. Arranca en los años cincuenta, cuando la novela italiana se llamaba Elio Vittorini, Vasco Pradolini, Cesare Pavese, y el compromiso político del escritor era el tema intelectual por excelencia. Reflejar la realidad era una obligación para el escritor. No sé si alguna vez existió la calle aquella de la *Crónica de los pobres amantes* pero, en cualquier caso, habrá que reconocer que la voluntad de reflejar la realidad es, como mínimo, un buen sistema para crearla. Como otros muchos, Italo Calvino se hallaba en aquellos años en el partido comunista y sentía una reverencia absoluta hacia la figura, hoy un poco desteñida, de Elio Vittorini, lo que no le impedía mostrar su desacuerdo con la literatura autollamada *objetiva* o *duregard* con palabras sobre la obra literaria y la novela que fácilmente se pueden apli-